Tomo X

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 19

San José, Costa Rica 1925 Lunes 20 de Julio

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *Industria y cultura*, por César Falcón.—*El claro acento de Méjico*, por L. E. Nieto Caballero.—*Agustín Nieto Caballero.—Política centroamericana*, por Randolph Greenfield Adams.—*La escuela de la montaña*, por Amado Nervo.—*De los poemas pesimistas*, por A. H. Pallais.—*La Follette.—Ciencia y simbología*, por Jorge Cardona.—*Designios ocultos*, por Carlos Luis Sáenz.—*La ideología del señor Leopoldo Lugones*, por Enrique Molina.—*El laúd de Gassiri.* por Andrenio.—*José Santos Chocano y España*, por Gabriela Mistral.—*Tablero.—Noticia de Libros*, por Mario Santa Cruz.—*Palabras de oro.—Un aplauso muy honroso.—La mariposa*, por Blanca Milanés.

APROPÓSITOS

Industria y cultura

Por César Falcón

(El Sol, Madrid. Mayo 31—1925).

Entre las muchas frases pronunciadas en el mitin de Southampton en favor de la Universidad de Wesslet hay una sobremanera importante. Pertenece a míster Baldwin. Nuestra gran industria, nuestra formidable potencia económica, ha dicho, más o menos, el primer ministro de Inglaterra, no nos serviría de nada, si no cultivásemos con el mismo celo nuestra ciencia, la formación espiritual de nuestro pueblo. La frase, en realidad, no es ni muy nueva ni muy profunda. Pero la hace importante el porvenir del gobernante del país más poderosamente industrialista de la tierra y más orgulloso y seguro de su poderío material. Y debe destacársele para exhibir un ejemplo contra la superstición materialista de los que sólo creen en el progreso físico, en las cosas tangibles, en la cama muelle y en la moneda. El hombre más responsable del país que tiene todo esto, en trance de hablar en el recinto universitario, no vacila en proclamar la supremacía de la cultura sobre las máquinas y el tanto por ciento. Sin embargo, en los países como los nuestros, sin cosas tangibles, sin camas muelles y sin moneda, se canta todavía la tonada del desarrollo material, y muchos ingenuos se entregan a sus sugestiones.

Tal vez cuando Mr. Baldwin redacta a el telegrama para los asistentes al comicio pensaba en él mismo. Porque Mr. Baldwin no ha llegado a la presidencia del Imperio británico por ser uno de los primeros industriales de Inglaterra. En Inglaterra hay muchos industriales tan fuertes como él que no han llegado nunca ni a diputados. En el país del dinero el rico tiene un valor secundario. Míster Baldwin es primer ministro porque, además de rico, es un hombre de estudio. Nadie puede decir que sea una de las primeras figuras intelectuales de Inglaterra. Pero su categoría, lo que le destaca en el cuadro político, es su mentalidad. En un país de habla española le habría bastado ser rico para haber llegado adonde le hubiese dado la gana. Esta es la diferencia que marcan sus palabras.

Nadie tampoco puede incurrir en la tontería de afiliarse exclusivamente a la cultura y despreciar la industria. El error está en el exclusivismo. Un gran país necesita igualmente de ciencia y de dinero. La confusión se produce cuando se trata de averiguar si la ciencia se hace con el dinero o si la ciencia hace al dinero. Ahora hay el caso deslumbrante de Estados Unidos. Los apóstoles del materialismo industrial, que, en cuanto uno se ciñe un poco se convierte, por todos sus lados, en materialismo histórico, presentan a la América del Norte como el mejor testimonio. Es cierto. Los Estados Unidos exhiben el caso más excelente de lo que es dable lograr, con la mecánica. Pero lo que ya no es posible afirmar con igual énfasis es que a Estados Unidos no le haga falta la cultura ni, sobre todo, que su potente desarrollo material no sea una consecuencia de trabajo de la ciencia.

Visto exactamente todo eso, que sólo parece dinero en Estados Unidos, es, en realidad, ciencia aplicada. Laboratorio, ideas, experiencias, saber europeos. Ya hace varios años lo advirtieron los mismos norteamericanos. Aunque en algunos Estados se haya prohibido el estudio del darwinismo, porque los Ku-Klux-Klan no quieren descender del mono ni los capitalistas quieren tangencia ninguna con el marxismo, el hombre más estimado en Norteamerica es el maestro europeo. El que se ha formado en Europa. Los norteamericanos saben que el haberse formado en Europa es mejor que haberse formado en Estados Unidos, a pesar de que muchos países europeos no disponen de hoteles tan confortables como los de Nueva York, ni de fábricas tan poderosas como las de Chicago.

Es necesario ser rico. Este puede ser un admirable lema de inmoralidad personal. Al país en conjunto le interesa, más que los ricos, la riqueza. Si fuera posible un país de multimillonarios, cuyos bienes estuviesen en otro pedazo de tierra, sería, sin duda, un país pobre. Ahora que la riqueza de un país puede consistir lo mismo en manufacturas que en ideas. Acaso las ideas tienen la ventaja de su inmortalidad. Un país rico en ideas, en ciencia, en cultura, posee una riqueza más estable que el rico en cosas para tres meses de uso. Esto es lo que debe hacernos pensar. El puente de Brooklyn es muy fuerte. Pero el Coliseo era también muy fuerte y ya no quedan de él sino unos cuantos muros. La literatura latina, en cambio, está íntegra.

Lo importante es cultivar el espíritu. Después, el espíritu, realizándose en su trayectoria histórica, se trasmutará igualmente en las piedras, en el hierro y en los libros.

El claro acento de Méjico

Wilson y Roosevelt dejaron descendencia. Hablamos de la descendencia espiritual, de los hombres que se inspiran en el sentido de justicia que hizo del primero un faro universal, y de los hombres demasiado exuberantes que subordinan todo al interés del orgullo. Orgullo colectivo, desde luego, anhelo de expansión, criterio imperialista, que sacrifica al ansia de crecimiento nacional los derechos de los menos fuertes.

En la secretaría de Estado de la más poderosa república del mundo acabamos de ver dos individuos que con las diferencias esenciales entre seres de conformación distinta, se acercan por determinados aspectos a los tipos encarnados en los dos ex-presidentes. Hughes es el jurista, el hombre reposado, meditabundo, de alto sentido moral. Kellog es el Lansing de ahora en cuanto a su situación como sujeto de segunda fila en la política, elevado a la altísima posición que ocupa por el capricho de la amistad personal, ostentoso como un diplomático vacuo y amigo de las palabras violentas.

Son dos extremos dentro del mismo partido. Son dos políticas dentro del mismo sistema. Guardadas proporciones y hechas las distinciones que convienen a hombres muy desemejantes por otros varios aspectos, podría decirse que Hughes tiene algo de Wilson, y Kellog algo de Roosevelt. Sólo que Roosevelt daba importancia al puesto y el puesto le da importancia a Kellog. La tentativa de imitación por parte de éste ha consistido en tomar en sus manos vacilantes el *big stick* que el otro blandió con manos vigorosas. Para el ensayo infeliz escogió a Méjico.

Con demasiada audacia o con demasiada torpeza quiso presentarse como tutor regañón de un pueblo libre. Olvidado de la diplomacia en que había hecho carrera, a sabiendas de la comparativa debilidad del vecino y con palabras injustas e injuriosas, pretendió acusarlo ante el mundo. Sugirió, para perjudicarlo, la ausencia de garantías para los ciudadanos y los capitales de fuera, y en insolente tono exigió remedios para males que no existen sino en su imaginación exaltada.

Mas dió el alto el centinela. Sin bravuconadas, sin ofensas, con el bien timbrado acento de quien tiene la razón y sabe volver por los fueros de la dignidad ultrajada, el presidente Calles rechazó el agravio, desmintió las informaciones del secretario ambicioso y dió a todos los pueblos que en ese momento lo escucharon, o sea a los del mundo entero, una lección de decoro.

Méjico no reconoce a ningún país el derecho de intervenir en sus asuntos interiores ni está dispuesto a subordinar sus relaciones internacionales a las exigencias de un poder extranjero. Tampoco admite que gobierno alguno pretenda crear en el país una situación privilegiada para sus nacionales. Así dijo el presidente y así ganó el aplauso de todos los que saben que ante el derecho firmemente defendido retrocede la fuerza.

En todos los países de la América que habla la lengua de Castilla hay urgencia de capital extranjero. Riquezas aladinescas aguardan, para surgir, la presencia de esa lámpara mágica. Pero es mejor que duerman si su descubrimiento ha de mplicar una merma de la soberanía. Toda ayuda de las grandes potencias debe ser aceptada con júbilo siempre que no llegue a buscar la parte del león en cada empresa. Por los claros caminos del provecho mutuo han de acercarse los que sólo buscan colocación segura para sus dineros. Pero los que llegan con careta, con móviles ocultos, o por las encrucijadas que el delito frecuenta, deben ser rechazados como foragidos.

Es lástima que hombres de los Estados Unidos que contrarían el pensamiento benévolo de los fundadores y el alto ejemplo que dejaron presidentes de la talla de Lincoln, traten de renovar la inquietud en los pueblos de la América Latina. Todo lo que en la gran república es conciencia de la altísima misión a que se ve llamada por el destino que la favorece, ha de indignarse ahora ante actitudes que comprometen la confianza que anhela inspirar para el mejor provecho de sus actividades económicas.

Kellog siembra el recelo y de ese modo sirve mal a su patria. Pero Méjico, si conserva la serenidad y no abandona el camino de cordura y de firmeza que le indica su propio mandatario, contribuirá a provocar la reacción que haga imprescindible el retiro del secretario de Estado. Por ese resultado hacemos votos, al saludar con alborozo el ademán magnífico con que Calles ha recordado a los Estados Unidos el *mind your own business* que constituye el onceavo, pero no el menos importante, de los mandamiêntos.

L. E. Nieto Caballero

(El Gráfico. Bogotá).

Agustín Nieto Caballero

Agustín Nieto Caballero acaba de llegar a Medellín, donde se le hizo una espléndida recepción, y dentro de un mes estará entre nosotros.

De todos los hombres nuestros que van trashumantes por el mundo, ninguno como Nieto Caballero llevaba tan bien en sus manos el estandarte austero de un apostolado más sincero y más desinteresado. El ha ido representándonos en el mundo contemporáneo, incansablemente, y ha recorrido toda la América del Sur y Europa, dictando conferencias, consiguiendo maestros, haciendo labor de propaganda. En muchas partes antes de la llegada de Nieto no se tenía ni una idea vaga de nuestro país, y ha sido una bella sorpresa para ellos cuando Nieto Caballero les ha relatado la labor pedagógica del Gimnasio Moderno.

Agustín Nieto Caballero ha sido el mejor embajador que hasta hoy ha tenido Colombia en tierras extranjeras. Sin misión oficial, sin otro título que el de buen colombiano, él fué por América y por Europa haciendo conocer honrosamente a nuestra patria, hablando de ella con entusiasmo férvido, representándola de dignísima manera, y en muchos lugares por donde él pasó se tiene ya de nosotros una alta idea, en lugar de la antigua ignorancia. Es apenas justo que al regresar a Bogotá, la ciudad le manifieste de manera explícita su agradecimiento y su orgullo de tener un hijo que tanto la enaltece.

El Gimnasio, obra de sus manos incansables, animado de su espíritu generoso, es un milagro en nuestros riscos hoscos a la civilización cultural. Está representando todas las modernas tendencias educacionistas, y ha sido Nieto Caballero, con Tomás Rueda Vargas, con Gaviria, Tobón y todo ese grupo discreto de maestros, el iniciador de esas reformas, audaces en nuestro medio balbuciente.

Y tras de Nieto, con un mes de retardo, llegará su obra, el resultado de su viaje. El profesor Decroly, y los otros maestros, casi todos suizos y belgas, que vienen con él en una misión cultural de extraordinario valor, que es el fruto de este nuevo esfuerzo suyo, esfuerzo propio y nobilísimo, digno de la más honda gratitud nacional.

Saludamos a Nieto Caballero y le deseamos que lo más pronto posible esté otra vez en esta su ciudad que tánto le quiere y tánto le admira, y que le debe tánto.

(El Tiempo, Bogotá).

Política centroamericana

=Del libro *Historia de la Política Externa de los Estados Unidos*. 1924.
En este libro, editado por la casa Macmillan, de Nueva York, el escritor Randolph Greenfield Adams, doctor en filosofía, conservador de la Biblioteca William L. Clements de Historia Americana, Universidad de Michigan, hace el siguiente análisis de las relaciones internacionales entre los Estados Unidos de América y las Repúblicas del istmo centroamericano, que debe ser objeto de nuestro examen y meditación.=

Si la política americana hacia las islas del Caribe ha sido oportunista *(opportunist)*, lo es también hacia la América Central. En esta parte del mundo existen algunos estados revoltosos que, sin embargo, parecen haber sido la sede de una civilización relativamente avanzada y cuyos restos arqueológicos serán en el futuro lo que fueron en el siglo XIX las ruinas de Grecia y Roma antigua. Pero los descendientes de esta civilización han descendido tan bajo que se cree necesario civilizar de nuevo a algunos de ellos. Una y otra vez, durante los últimos cien años, se han hecho esfuerzos para juntar estas cinco repúblicas de Centro América. Por tantas veces como se han suscrito tratados y constituciones para realizar la unión de Guatemala, el Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica, tantas veces han aparecido revoluciones que los han separado de nuevo. Si los Estados Unidos de América han tenido alguna política consistente en Centro América, ha sido la de tratar de persuadir a estas naciones para que se junten y la de ayudarlas en el establecimiento de una Unión Centroamericana. Pero, en el momento, aparentemente, esto no puede realizarse. En solo Guatemala existe una población india de un 66 %, que hablan 36 dialectos diferentes. Ningún ferrocarril atraviesa a lo largo de la América Central y mientras no se construyan vías de comunicación parece inútil esperar una unión política. La incultura tiene un promedio del 75 % y el personalismo, no los principios, es la regla de su política. Política parece el equivalente de revolución. Aquí, como en las repúblicas isleñas, se observa una vez más el resultado de presumir los pueblos capaces de un gobierno propio *(self government)* cuando su educación política ha sido tristemente retardada. (1)

En 1906 una inusitada cuanto severa serie de guerras y revoluciones en Centro América llevó a los Estados Unidos de América a la conclusión de que el Presidente Zelaya de Nicaragua era un promotor profesional de disturbios *(a professional trouble-maker)*. Haciendo un esfuerzo para prevenir un continuo estado de guerra en esta región, los Estados Unidos persuadieron a todos que firmaran un tratado, creando la Corte de Justicia Centroamericana, a la cual todos deberían presentar sus diferencias y la cual, se esperaba, que llegaría a solventarlas. El Presidente Zelaya participó en esto con verdadera cortesía latino-americana y con la determinación de no someterse a ella. En cuanto dió una oportunidad a los Estados Unidos, haciendo ejecutar dos ciudadanos americanos que participaban en una revolución en contra de él, continuó su labor perturbadora *(trouble-making)*. Los Estados Unidos inmediatamente cortaron sus relaciones diplomáticas con Nicaragua, quedando ésta en una condición financiera tan peligrosa, que la acción de los Estados Unidos acarreó la caída de Zelaya. (2)

Pero las revoluciones continuaron porque Zelaya era, después de todo, la única clase de Presidente que podía mantenerse en Nicaragua. Los Estados Unidos tenían allí intereses inmobiliarios muy extensos y había siempre la idea de que algún día hacíase necesario la construcción del canal por tanto tiempo retrasado. De aquí que los Estados Unidos intervinieran con fuerza armada en apoyo de un grupo de revolucionarios. Habiendo establecido este grupo como un gobierno de títeres *(puppet-government)* se arregló un tratado en virtud del cual dos clases de intereses bancarios neoyorquinos debían prestar su ayuda y el Gobierno de los Estados Unidos proveer un interventor financiero, respaldado con fuerza armada. Se esperaba por este medio poner en pie a Nicaragua como se había hecho con Santo Domingo. Los bancos neoyorquinos comenzaron a llenar su cometido, pero el Senado estadounidense se interpuso y los banqueros dejaron de adelantar dinero. Estos retuvieron el ferrocarril en garantía y naturalmente pidieron protección de la propiedad siempre que una revolución la amenazase. Un pequeño ejército de ocupación permanente, compuesto de marinos estadounidenses, se estacionó en Managua, la capital nicaragüense, y un barco de guerra se halla siempre en servicio en Corinto, puerto de Nicaragua. (1)

Habiendo establecido el orden en Nicaragua, con mano de hierro, durante la administración de Taft, los Estados Unidos procedieron a celebrar un tratado con el gobierno, cuyas fuerzas mantenían en el poder. En virtud de este acuerdo Nicaragua vendió a los Estados Unidos, por $ 3.000,000, los derechos sobre el río San Juan como vía para un canal y el derecho de tener una base naval en el Golfo de Fonseca, para proteger su extremo occidental cuando aquél se construyese. El tratado Bryan-Chamorro aparecía como un paso dado en la buena dirección y parecía contemplar el proyecto de otro canal, aunque había sido negociado con un gobierno que no podía rehusarnos nada de lo que le pidiéramos. Pero la dificultad era que Nicaragua había vendido algo sobre lo cual no tenía el derecho exclusivo de venta. Costa Rica reclamó que ella tenía algunos derechos sobre el río San Juan y basta lanzar una mirada sobre el mapa para comprender que siendo el río un límite en cierta parte de su trayecto, no podía ser completamente enajenado por Nicaragua. El Salvador objetó la construcción de una base naval en el Golfo de Fonseca y otra mirada al mapa mostrará que, tanto Honduras y el Salvador, como Nicaragua, tienen frente en ese golfo. Naturalmente ellos llevaron el caso ante la Corte de Justicia Centroamericana que falló en favor de Costa Rica y el Salvador, y en contra de Nicaragua y los Estados Unidos. No teniendo jurisdicción sobre el segundo, nada más podía hacer. Pero los Estados Unidos y Nicaragua imperturbablemente ignoraron la decisión de la Corte, la cual murió rápidamente, habiendo recibido su golpe de gracia por los Estados Unidos. (2)

Es esta clase de cosas lo que hace muy arduo fijar nuestra política centroamericana. La cuestión de Nicaragua dejó virtualmente a los Estados Unidos en la posición que nace de establecer una corte de paz en Centro América, que ella misma destruye cuando no decide a su modo. Desde 1912, el Gobierno de Nicaragua ha sido sostenido prácticamente por la ayuda de los marinos estadounidenses y aunque no es en realidad representativo de la mayoría de Nicaragua, al menos ha mantenido el orden. Si esto es, o no es, consistente con los ideales de la política americana, queda al criterio del lector. Pero no debe olvidarse que si él quiere sus bananos, café y azúcar para endulzar los cereales que toma en su desayuno; que si quiere servírselos en una mesa de caoba, adquiere por ello responsabilidad en nuestra política en Centro América, de donde nos llegan estas cosas. (3)

---

(1) E. Perry «La Unión Centroamericana», *Hispanic-American Historical Review*. v. 30; W. E. Browning «Las Repúblicas centroamericanas y sus problemas» en *Mexico and the Caribbean* (Clark Univ. 1920) p. 277.
(2) D. C. Munro «Las cinco Repúblicas de Centro América» (Oxford 1918) p. 227.

(1) Munro, supra, p. p. 252-4.
(2) Idem, p. p. 254-7.
(3) S. G. Inman «La situación presente en el Caribe» en México and the Caribbeau, p. p. 260.

Una abortada tentativa final fué hecha, para establecer la Unión Centroamericana, por el Secretario de Estado Hughes en 1921, pero la no adhesión de Nicaragua y la revolución en Guatemala, después de llegar a un acuerdo, parece probar qué este esfuerzo es tán pueril como los otros. Hay en realidad una gran obra que emprender para formular la política de los Estados Unidos en Centro América y en el Caribe. (1)

RANDOLPH GREENFIELD ADAMS

(Trad. del inglés por José B. ACUÑA.

7 de julio de 1925.

La escuela de la montaña

Yo sueño que en México, la montaña, el valle, el desierto mismo terregoso y blanquizo, se convierten en colmenas... es decir, en escuelas.

Que en cada recodo, en cada garganta, en cada peñasco, asoma una casita humilde, pero luminosa, alegre y limpia.

Al lado de la casita, un gran cobertizo o tinglado abriga una mesa tosca, mal tallada en el pino del monte, y circuida de rudimentarios taburetes.

La casita sirve de escuela. El tinglado de comedor... cincuenta o cien inditos bajo el amable y frágil techo de la primera, dejan oir ese rumor peculiar que producen las abejas que trabajan y los niños que estudian y que es tan precioso para todo oído soñador y de patriota.

El tinglado sirve de comedor.

Mientras los párvulos estudian, una india activa les prepara la elemental cocina: frijoles y tortillas en abundancia.

Al medio día, la gárrula bandada surge borbotando como el agua clara (el agua clara de la niñez, de que está hecha).

Una leve campana (campana tan preciosa como la que sacudió Hidalgo la noche inmortal) ha sonado desde temprano, difundiendo por los caseríos apartados su voz, que era un llamamiento para la restauración del espíritu.

Ahora vuelve a sonar llamando al ágape cordial y jubiloso.

Los niños, séguidos del maestro, van alegres al comedor, y media hora después, satisfecha la primordial necesidad, retozan en torno de la escuela para volver al estudio, hasta las cuatro de la tarde, y regresan a sus chozas donde la madre los aguarda, antes de que caiga nuestro pomposo sol...

He allí todo.

Y esto no tiene pedagogía; casi no tiene consistencia y, sin embargo, es enorme.

***

Esta bendita escuela de la montaña, con unas cuantas estampas, con unos cuantos útiles, es la cuna de la Patria futura, de la Patria consciente y lúcida que necesitamos.

Bien están en la metrópoli los jardines de niños, que seguramente podrán en breve competir con los mejores de Europa y Estados Unidos; bien están los claros y acondicionados edificios en los cuales hasta la luz ha de entrar pedagógicamente por las ventanas, y con científico sesgo ha de resbalar por los pupitres; bien están esas admirables Normales; bien esas sustanciosas escuelas de comercio; muy bien las nocturnas de adultos. Dios haga que crezcan y se multipliquen... pero amemos sobre todas ellas y sobre todas las cosas, a la simple, a la cándida, a la elemental (y divina, sí, divina) escuela de la montaña, al amplio jacal, con el cobertizo anexo, donde el indito come los dos panes eternos: el que alimenta al hombre y el que alimenta al ángel.

Cierto, la india, en su penuria, opone a este régimen la lógica de su hambre. El chico podía ganar algunos centavos si no fuese a la escuela... Sin duda que allí almuerza; pero ella y él, ¡qué comerán! Mas ¡oh! benditos presupuestos futuros de instrucción pública, cuando la serenidad y la paz y la riqueza vuelvan a nuestra pobre tierra atormentada, ¿no alcanzaréis a socorrer a la indígena, a quien el hijo, para aprender, para hacerse hombre, priva del mínimo salario?

¡Oh, pedagogos europeos: estas cosas son inusitadas para vosotros!

Vosotros sabéis mucho de la escuela-sanatorio, de la escuela al aire libre, de las hidroterapias tonificadoras de espíritus y cuerpos; de las vacaciones a la orilla del mar, de las clases bajo los pinares... Pero no riais, ¡por Dios! de nuestra santa escuelita de la montaña, de nuestros pobres jacales con su cobertizo; que ya sueño que salpican todas las crestas, que se esconden en todas las hondonadas y todos los barrancones, que se diseminan por todos los llanos y todas las gándaras. No sonriáis de ese presupuesto de instrucción pública que ha previsto los frijoles y las tortillas para el párvulo. y el diario para la india inválida...

Allí está en embrión toda la Patria. la Patria de mañana, nuestro México grande, buena, fuerte, sosegada, activa, feliz.

¡Poetas: cantad esa escuela de la montaña con su cobertizo, su panorama vasto y su ruido celestial de colmena!

AMADO NERVO

(Las Novedades, Nueva York).

(1) S. de la Selva «Sobre la pretendida unión de Centro América» *Hispanic-American Historical Review*, III, 568.

Doctor CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta.

Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, p. m.

Contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Quien habla de la **Cervecería TRAUBE** se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica.

Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO,

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FÁBRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Ginger-Ale,

Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

De los poemas pesimistas

Yo soy hombre

Yo soy hombre.—No sigas hablando.—Basta y sobra.
Inútil la caída fugaz de las palabras.
Igualmente vacía resulta cualquier obra.
Que entres o que salgas, que cierres o que abras.

El ataúd, la cuna, la flor, la rama seca...
y el niño preguntando: ¿Para qué? ¿Para qué?
Silencioso el abuelo, responde: Con la mueca
de los más acabados problemas, ¡yo no sé!

Sin embargo aunque nada comprendamos, abuelo,
contemos a los niños los cuentos de las hadas,
diáfano, sin costuras humanas, este velo
tiende sobre las cosas, penumbras encantadas

de gracia candorosa, primitiva, cristiana.
Los ojos de los niños, abiertos, muy abiertos,
ven, como por vislumbres, una tierra lejana,
isla de golfos dulces y de tranquilos puertos.

Son el otro evangelio los cuentos de camino;
y la historia mensaje de los siete pecados.
Este era un rey... comienza, bajo palio divino
abren los dulces niños sus ojos no manchados.

Niño, ¡que no crecieras! Francis Jammes decía,
pues eres un espejo de milagrosa luna.
Si mañana tus ojos, ventanas de alegría,
tuvieran desdichados, la pésima fortuna

de leer a Vargas Vila.—Niño, mejor te fuera
no haber nacido; como Judas entregador;
es de otros sin embargo, tan firme, valedera,
legítima y sellada palabra del Señor.

En un sapo más sucio, Satanás se recrea,
algo más asqueroso, factor común del loco,
su fauna verdi-negra, su rostro, su marea,
su condición, su forma, su materia, su modo.

Niño, ¡que no crecieras! Francis Jammes decía,
pues eres un espejo de milagrosa luna,
si mañana tus ojos, ventanas de alegría,
tuvieran desdichados, la pésima fortuna...

Hombre como quien dice: Fray Comedias Burlando.
Qué dichosos los ciervos que vuelven de la fuente.
Y yo silbo, tú silbas, los hombres, hasta cuándo
será todo palabras de la hermana serpiente?

Hombre como quien dice: Mandíbula que traga.
Hablan todas las viudas, de tregua, de perdón;
y el usurero dice: pues si no se me paga
tendré que devorarlas, porque soy tiburón.

Comer bien conjugado, comer en voz activa.
El tiburón es una boca desmesurada
en sus tres dimensiones, siete veces nociva,
y un hambre que no puede comprarse con nada.

Hombre como quien dice: ¡Qué dichosas las cabras!
no se meten con nadie, rebeldes, apartadas,
sin estas democracias disueltas en palabras,
y sin estos pasquines de letras subrayadas.

Subrayados se escriben estos libros actuales.
La película tiene la clave del secreto.
Los bienes del gobierno, dice, leo los males
del mando, dice *libres*, leo esclavos, *respeto*

a todas las creencias. ¡Qué farsa! ¡mentidero!
Dice el diario oficial: *Debe seguir la tasa,*
ferrocarril y bancos son nuestros; ¡majadero!
Mientras, hacia Mammón la caravana pasa.

. . . . . .

. . . . . .

(Punto y coma, comienza la Pascua Florida del Unico y verdadero rey, Salomón).

Punto y coma del Hijo del Hombre, siete sellos
pone sobre la vida, nuestro Rey Salomón.
Dulces labios, ligeros, manos limpias, bellos
ojos, mansas, floridas, pascuas, mi corazón.

A. H. Pallais,
Presbítero

León de Nicaragua.

La Follette

Robert Marion La Follette, el político más abiertamente radical de los Estados Unidos, acaba de morir. Tenía setenta años, y sin embargo, se encontraba en todos los campos de la politica, enérgica y audaz, y cada día más avanzado en las ideas que sostuvo siempre con entereza.

Dentro de los dos partidos más o menos iguales de los Estados Unidos, que apenas si tienen profundas divergencias de personalismos, La Follette representaba el tipo genuino del radical brioso, enérgico, sincero y violento.

De esa manera tuvo La Follette períodos de impopularidad que hubieran acabado con cualquier otra carrera política que no fuera la suya; pero él sabía imponerse con sus ideas sin vacilaciones, de una manera rotunda. Por eso, después de haberse granjeado las más violentas antipatías por su actitud de pacifista en la gran guerra, ya en las elecciones últimas estaba otra vez al frente de un partido numeroso.

Al miedo que despertaron siempre en los políticos calmados sus ideas agresivamente radicales, se debió el triunfo de Coolidge.

La Follette muere con el escudo en la mano. Siempre dentro de sus ideas, sin claudicaciones vergonzosas y sin vacilaciones, cada día renovando su *idearium* hacia un sentido más amplio y liberal, estaba en los frentes de su partido y de la política, rudo y fuerte. Así lo ha cogido la muerte. En el campo combativo en que había vivido.

Su carrera fué brillante. Adolescente casi, comenzó la lucha, y, como todos los grandes hombres públicos de Norte América, fué ascendiendo segura y progresivamente. Fué derrotado en las últimas elecciones. Pero es seguro que habría llegado a la Presidencia—a no impedírselo la muerte,—a pesar del criterio tímido del pueblo americano, en asuntos políticos.

En Norte América, donde abunda tánto el político de propaganda, el político de *bluff*, no es común el tipo del político, que, como La Follette, sea extremista, violentamente extremista e intransigentemente probo.

Aún estaba fresca en la memoria de sus compatriotas su severa figura de investigador en Teapot-Dome, cuando la tierra cubre las cenizas del hombre recio, del luchador incansable.

(El Tiempo, Bogotá).

Ciencia y simbología [1]

Recuerdos de un libro. El misterio de la Trinidad. El lucero del alba. Las máximas de un filósofo. Simbolismo de la pirámide. El dios de la Lujuria.

Las cosas que se ven son temporales, mas las que no se ven son eternas. 2 Corintios. 4. 18.

Los antiguos sacerdotes mexicanos tenían su doctrina secreta, sus misterios y su Kábala, y se enseñaba, como en los gloriosos días eleusinos, a unos cuantos elegidos que pronto llegaban a considerarse como Iniciados.

La Ciencia fué siempre reservada para la clase sacerdotal. En los estudios esotéricos estaban comprendidos la Astrología y la adivinación.

El famoso libro divino, llamado *Teoamoxtli,* contenía la historia del cielo y la tierra. Fué el libro, según los eruditos, un verdadero Purana [2] mexicano.

De este libro se tomó el almanaque y ritual astrológico que redactó en la ciudad de Tula el año 660 el astrólogo Huematzin. El almanaque mide once metros de largo y tiene treinta y ocho pliegos, o sean setenta y seis páginas.

El fanatismo de los monjes, ya en tiempos de la Conquista, lo destruyó, en su afán de evangelización, así como a multitud de monumentos y antigüedades que hoy deploran los consagrados al estudio de las artes y ciencias de aquellos pueblos.

En esta obra de fatal destrucción, que arrasó cuanto se refería al culto religioso, se distinguió el obispo Zumárraga, según los historiadores, el verdadero Omar de América.

Bueno es consignar, ya que de paso nos referimos al afamado ritual y almanaque astrológicos, que entre las figuras notables del manuscrito existe un animal desconocido que el jesuita Fábregas ha comentado y que llama *conejo coronado,* y que según refiere, aparece con un collar y especie de arnés, atravesado de dardos.

> «Esta figura, que se encuentra en muchos rituales antiguos mexicanos, es el símbolo de la inocencia que sufre y que recuerda el cordero de los Hebreos, o la idea mística de un sacrificio expiatorio destinado a calmar la divina cólera.
>
> »Este animal presenta, en otras páginas, una combinación astrológica de los médicos, que enseña que el nacido tal o cual día, padecerá de los ojos. Estudiosos de estos asuntos han encontrado entre estas explicaciones y las ideas iatromáticas de los egipcios gran analogía».

El misterio de la Trinidad, o trimurti, entre aquellas razas mexicanas estuvo representado por *Quetzalcoalt,* el Creador; *Toté,* el Conservador y *Tezcatlipoca;* el Destructor,

La deidad más celebrada de estas tres, en aquellas remotísimas edades, fué sin duda alguna Quetzalcoalt. La tradición dice que apareció en Pánuco, vestido de traje talar sobre el cual podían verse *cruces negras y rojas.*

Quezalcoalt sabía labrar los metales y las piedras preciosas, y enseñó el cultivo de la tierra y muchas industrias.

Un historiador ha dicho que su nombre metafóricamente considerado, quiere decir *persona de gran valía,* y en efecto, se asegura que fué hombre casto y muy amigo de la paz.

Se cree que él fué quien difundió el culto de la Cruz, y hay quien opina que fué el propio Santo Tomás, y otros un discípulo de Budha.

Quetzalcoalt vaticinó la llegada de los europeos—tradición que conoció Moctezuma y que explica en parte la cobardía del famoso vencido—y cuando sus enemigos destruyeron su religión, emigró al Oriente. Una leyenda dice que desapareció a los ojos de sus compañeros a orillas del mar.

Fué convertido en dios, y a su memoria se elevaron altares, «y fué adorado bajo el doble símbolo del lucero del alba». Los Mayas le llamaron Kukulcan, y los Quiches, Cucumatz.

Por aquellas edades apareció un filósofo y poeta que trató de renovar la adoración a Quetzalcoalt. Se llamó el reformador Neczahualcoyotl, Rey de Texcoco, «de quien se dice que una visión le confortó prometiéndole el triunfo sobre sus enemigos». De este filósofo son las siguientes máximas:

> «Toda la *redondez* de la tierra es una tumba, nada hay en ella digno de memoria».
>
> «¿Dónde, ¡ay! están el grande, el justo, el sabio, el hermoso y el valiente? Todos ellos cayeron en la tumba, adonde rodaremos también nosotros. Ilustres príncipes y capitanes, aspiremos al cielo, que allí, todo es eterno y nada se corrompe».
>
> «Estos ídolos de piedra y madera que no sienten ni hablan, no son los dioses que yo adoro. Ellos no pudieron hacer el cielo ni la tierra. Algún Dios muy poderoso, oculto *y no conocido* es el creador del Universo. Solo él puede consolarme en mi aflicción y socorrerme en tan grande angustia como mi corazón siente». *(Historia de la Conquista de México,* Prescott).

A propósito del misterio de la Trinidad, conviene consignar que el sabio conde de Stolberg dejó felices comparaciones entre las ideas mitológicas de los diferentes pueblos, y

> «aventura la hipótesis de que las dos sectas de la India, adoradores de Vichnu y de Siva, se han extendido por América, y que el culto peruano es el de Vichnu, apreciéndose en figura de Sol, y el sanguinario de los mexicanos, análogo al de Siva, cuando toma la representación de Júpiter Estigio».

Los mexicanos daban por cierto el destino del alma después de la muerte. Creían que más allá de este mundo existían cuatro mansiones adonde iban los espíritus, mansiones que eran ocupadas por los desencarnados según sus merecimientos. Uno de estos departamentos fué llamado *Chichihuacuacho,* o sea el Limbo, en donde los recién nacidos permanecían en espera de una nueva encarnación; y en el *Tlalocan* se encontraban los que morían violentamente, y en donde debían completar el período natural de su vida.

Estas ideas son exactas a las que hoy se exponen en los libros esotéricos. Se deduce, pues, que los mexicanos creían en la inmortalidad del alma, y en efecto, suponían que las almas eran sometidas a una especie de juicio, cuyo fallo estaba encargado a los dioses.

Es curioso observar que esta otra idea es igual a la tarea que se dice ejecutan los *Lipikas,* de que habla la Teosofía, y que son seres altamente evolucionados que tienen a su cargo, como se asegura, el registro de las acciones de los hombres.

Ningún pueblo de nuestra América fué tan sabio en religión y verdadera Magia como el mexicano.

Sus grandiosos monumentos, que rivalizan con los de Nínive, Egipto o la India, son no sólo notables por la hermosura y exactitud en el conjunto, sino que ellos demuestran que todo Arte, para decirlo con Vasconcelos, *es una Magia que descubre relaciones ignoradas entre las cosas, y relaciones*

---

(1) Capítulo III del estudio *Ideas Religiosas de los Indígenas Mexicanos y Mayas Quiches.* (Por publicarse).
(2) Antigua escritura emblemática del pueblo hindú.

que no tienen carácter de ley científica, sino de parentesco y afinidad en cuanto al espíritu» (1).

Las famosas pirámides que eran mansiones de dioses y sacerdotes fueron trazadas con rigurosa exactitud para seguir la dirección del meridiano y paralelo del lugar.

> «La pirámide azteca de Papantla descrita por Humboldt con sus *siete* pisos es notable, no tanto por el enorme tallado de sus sillares y por sus *tres* escalinatas que llevan a la cúspide, sino por los 318 nichos jeroglíficos y simétricos que simbolizan los 318 días de su calendario civil. Pero este número es también el símbolo de los servidores circuncidados e iniciados de Abraham y el valor gnóstico del Nombre de Cristo y también el valor abstracto y universal del diámetro tomando la circunferencia por *unidad de millar* $^{1000}/_{318}$, o sea, otra vez y siempre, el número masculino-femenino Pi (3,1459...) (2)

Por esta razón ha dicho el erudito autor de esta última obra que los monumentos mexicanos están más cerca del simbolismo más puro de la Religión-Sabiduría, y sobre lo cual habría para escribir toda una obra.

Otro de los monumentos sumamente interesantes es el célebre monolito llamado *Piedra de Tuxpan,* a quien las gentes de aquel pueblo lo suponen una representación del génesis, y del cual el insigne Chavero ha dicho:

> «sí, pero no el de la mísera Humanidad, sino otro más grandioso, el génesis de la luz, ¡la creación del tiempo! ese monumento es, pues, la primera piedra miliaria del sagrado camino que llamamos la eternidad».

Cabe recordar que se han descubierto indicios del simbolismo de la fuerza generatriz o culto del lingan, a juzgar por los bajos relieves que en la ciudad de Pánuco se han encontrado y que exhiben la unión de los dos sexos, con una semejanza exacta a los de la India. Ahora se sabe que en Tlaxcala también conocieron el mismo culto. Garcilaso decía que entre los mexicanos el dios de la lujuria era llamado Tlazoltenti.

Los mexicanos celebraban cada año una fiesta dedicada a la diosa de la Sal (3) que recuerda el culto a Venus, de origen fálico, descrito por Herodoto, culto que se extendió en Oriente, Grecia e Italia.

JORGE CARDONA

(1) *Estudios Indostánicos.* Vasconcelos.
(2) *Simbología Arcaica.* Roso de Luna.
(3) *Jesucristo si ha existido.* M. González. México, 1909.

Designios ocultos

¡Sólo Aquel que ha sembrado la tiniebla de estrellas
sabe cuál es la esencia de toda cosa bella!
Verso, mujer, o astro, amor, ritmo grandioso,
todo entra en los designios del Todopoderoso!
Al estrecharte, Amada, dulcemente las manos,
se está sellando el pacto de amor de los humanos.
Cuando en mi pecho posas tu armoniosa cabeza
de nuevo se abre al mundo la flor de la pureza!
Este ritmar constante que hace que nuestra mente
sea limpia como el agua de montecina fuente,
torna sonoro y fino nuestro vaso de arcilla
donde fulgura el alma, lirio de maravilla!
Como ungida de esencias la palabra nos deja
el olor de la rosa que visita la abeja.
—Rosa es el corazón de los buenos amantes
y la palabra en ella fecunda los instantes!—
Tocados de misterios nuestros ojos escrutan
por el aire sereno de abril, las libres rutas
por donde van las alas, pájaros, mariposas,
y siguen de la abeja la espira luminosa
que se remonta al cielo cuando aparece Flora
y torna a la colmena, reina y generadora!
La tierna florecilla nos da la bienvenida
porque en sus cinco pétalos, de amor estremecida
siente el beso que dejan las brisas pasajeras,
heraldos de las dichas que trae la primavera!
La tierra arada en donde las semillas reposan
nos mira como madre tímida y pudorosa.
El duraznero alarga sus ramas florecidas
mostrándonos la dicha rosada de la vida!

* * *

En la tibieza pura de la selva fragante,
cuando la luna sube, clara, pura y distante,
las gacelas nerviosas de rosados hocicos,
sin temer la montante luna, que tras los picos
muestra su arco pulido de reluciente acero,
olfatean las brisas, consultan al lucero,
y a la luz que les prestan los rojizos ocasos
se agrupan baladoras para seguir los pasos
de Eurídice y Orfeo, dos mínimos pastores
que celebran la ingenua fiesta de sus amores!

* * *

¡Algo común nos une al alma de las cosas,
Amada, porque el cielo te exalta misteriosa;
Y en la hoja caída del árbol veo tu pena,
y me dicen tu gracia lunar las azucenas,
y en el mar que se encrespa, roto en cristalería,
escucho el mismo ritmo de tu sana alegría!
—¿No vemos los amantes «su imagen» viva en todo?
¿No se hace por la Amada sacrosanto hasta el lodo?
¡Oh ritmo de la vida que traspasa barreras
y confunde en un grito águilas y panteras
y hombres! Causa ignota de todo bien y mal,
que salta cual la chispa si choca el pedernal!

* * *

Dame tu amor, Estrella, y en mi cristal oscuro
se encenderán las luces de algún astro futuro!
Vamos sencillamente por las manos cogidos,
y el ritmo de tu sangre con el mío confundido,
¡quién sabe si en la música total del Universo
tendrá medida exacta como un sagrado verso!

¡Sólo Aquel que ha sembrado la tiniebla de estrellas
sabe cuál es la esencia de toda cosa bella!
¡Verso, mujer o astro, amor, ritmo grandioso,
todo entra en los designios del Todopoderoso!

CARLOS LUIS SAENZ.

Heredia, Diciembre, 1923.

ASPECTOS

El laúd de Gassiri

ENTRE las leyendas de *El Decamerón negro,* de Frobenius, vertido recientemente al castellano, hay un breve poema, una canción de gesta que no se limita a la forma narrativa, sino que nos presenta un mito de penetrante belleza. Es la leyenda del laúd de Gassiri.

Gassiri, el adalid africano, manda a un carpintero que le haga un laúd. Los caballeros negros salen a sus aventuras de guerra acompañados de un juglar y de un escudero. El citarista le advierte a Gassiri que el laúd no cantará porque es de madera y necesita un alma. El almaentrará en el laúd cuando lo haya empapado la sangre; una sangre que dolerá a Gassiri tanto como la suya.

El laúd, en efecto, está mudo. Un día y otro día entra Gassiri en batalla contra los nómadas velados, y cada día, al acabar el combate, sale con uno de sus hijos a cuestas, atravesado por las lanzas de los *tuaregs.* La sangre del hijo muerto gotea sobre el laúd, que lleva el guerrero colgado a la espalda. Mucho tarda en criársele el alma al laúd. Es menester que uno tras otro vayan sucumbiendo los hijos de Gassiri. Al fin, un día, cuando menos se espera, el laúd empieza a cantar.

¿Qué orígenes tiene este mito heroico de la épica negra, que en el *Decamerón* de Frobenius se nos presenta dispersa, como la de nuestro romancero? Sin necesidad de buscarle la genealogía, sabemos que no ha nacido, original, en un *kraal* africano. Es una nueva forma poética de una de las más antiguas creencias de la Humanidad, la del sacrificio expiatorio, la del poder redentor de la sangre. Desde la aurora de la civilización está creciendo ese árbol mitico, que extiende sus ramas sobre todos los pueblos de la tierra. En el mundo occidental sigue ofreciendo sus frutos en ritos y en ideas, hasta en los banquetes de la inteligencia. Si abrimos las páginas de *Les soirées de Saint-Petersburgo ou entretiens sur le gouvernement temporel de la Providence,* del conde de Maistre, hallaremos una filosofía que tiene parentesco espiritual con la canción del laúd del héroe negro Gassiri.

De Maistre considera a la guerra como un hecho providencial que castiga los crímenes impunes de la Humanidad. Por eso establece aquel sombrío paralelo entre el soldado y el verdugo, y a los dos los mira, al uno en su gloria y al otro en su infamia, como agentes divinos, como ministros de la justicia superior que practica en su gobierno temporal la Providencia. De ahí aquella cuasi apología del verdugo, tan repulsiva a nuestro sentimiento humano, pero que encaja tan bien en la posición místicopolítica de De Maistre, en su idea del gobierno temporal de la Providencia, que tiene tanto sabor de época, tal expresivo tono de pequeño Apocalipsis moderno, que viene detrás de la Revolución francesa.

* *

El mito del laúd africano ha tenido su verdad pragmática en la Historia. Ha habido muchos laúdes espirituales que han necesitado para cantar y atraer a los corazones de los hombres que la sangre les diese una voz persuasiva. El laúd cristiano, para sonar en el mundo romano, hubo menester de hombres que prefirieran perder la vida en los suplicios a quemar un grano de incienso en el ara del culto civil del emperador. Cada una de las libertades civiles y morales que ha conquistado el hombre, y cada beneficio de la civilización y de la justicia, ha sido como otro laúd que necesitó para cantar que gotease sobre él la sangre de los precursores, guerras, persecusiones, sacrificios de investigadores que afrontaron el peligro de explorar alguna caverna misteriosa de la Naturaleza o de desafiar a las fuerzas desconocidas. El nombre de mártires, testigos, está bien elegido. El mártir no es necesariamente testigo de la verdad. Se muere por la ilusión tan facilmente, acaso más facilmente, que por la verdad. Pero el mártir es siempre testigo del entusiasmo y de la potencia sentimental de una causa. Los mártires han sido los sembradores de la Humanidad.

* *

La canción del héroe africano no nos cuenta la segunda tragedia del laúd; mas la Historia nos la refiere. La primera tragedia es que el laúd necesite el riego de la sangre para cantar. La segunda es que el laúd se quede mudo. Esta tragedia ocurre cuando el laúd se le forra de oro. No se necesita mucho. A veces, una utilidad mezquina, una corta ración, hasta una pobre esperanza de paz y de lucro hacen que el laúd enmudezca. Otras veces es el afán de dominacion, que se resigna a todo servilismo, quien hace que aquella causa que no quiso sacrificar al César se arrodille después ante él para ser admitida entre sus servidores.

Una de las grandes lástimas de la comedia humana es ver cómo se han quedado mudos los laúdes que entonaron los cantos triunfales gracias al sortilegio de la sangre generosa. ¿Será preciso fabricar otros y renovar el sacrificio? ¿O acaso como el arpa olvidada, de Bécquer, esperan manos puras que los pulsen o bien que gotee sobre ellos, para limpiarles de la roña de la utilidad, sangre de nuevos héroes?

ANDRENIO

(*La Voz,* Madrid).

Lector: Si quiere usted proteger eficazmente al *Repertorio Americano*, suscríbase! Las cuatro entregas mensuales: ₡ **2.00.**

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por
J. GARCÍA-MONGE
Apartado 533
SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMÍA DE LA REVISTA

La entrega	₡ 0.50
El tomo (24 entregas)	12.00
El tomo (para el exterior)	$ 3.50 oro am.
La página mensual de avisos (4 inserciones)	20.00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5 % de descuento. En el anual, un 10 %.

La ideología del señor Leopoldo Lugones

Por Enrique Molina

Ha tenido el señor Leopoldo Lugones la gentileza de contestar (1) mi artículo intitulado *¿Ha sonado la hora de la espada?*, y le agradezco la forma en que lo ha hecho; pero ¡qué ideología la suya, válgame Dios! Aunque nada nueva en el fondo y muy deleznable, viene de un escritor de alto prestigio, y me parece tan aparejada de consecuencias funestas que no puedo dejarla pasar sin algunas observaciones.

Empieza el señor Lugones por quejarse de que yo haya incurrido en la debilidad de sospechar en él—a propósito de su discurso de Lima—adulación a Leguía e incitación al aplauso palaciego. Tal vez de alguna frase de mi mencionado artículo se infiere este pensamiento. Convengamos en que el texto del discurso del señor Lugones y las circunstancias en que fué pronunciado justificarían esta suposición; mas no tengo ningún inconveniente para aceptar como sincera la declaración en contrario que hace el señor Lugones.

Tomando pie de este detalle dice el señor Lugones: «como si fuera imposible hallar por ventura un solo demócrata capaz de creer en la probidad de los que no piensan como él. Pero nadie ignora que desde César hasta Luis Felipe y desde Séneca hasta Voltaire, la tolerancia fué siempre una virtud aristocrática».

No contestaré este párrafo por lo que a mí respecta. Creo poseer esa probidad (tal vez hasta el grado de la ingenuidad) que el señor Lugones niega a los demócratas. Pero ¿cómo aceptar eso de que «la tolerancia fué siempre una virtud aristocrática?». Las aristocracias han sido tal vez tolerantes dentro de ellas mismas, para con los individuos de su clase y siempre que los defectos o ideas que habían de tolerar no entrañaran una amenaza para sus privilegios. Pero respecto de las gentes que han estado en otras clases sociales, fuera de ellas, las aristocracias no han manifestado nunca tolerancia. Han sido simplemente desdeñosas, lo que es claramente distinto. Las demás clases no cuentan ni existen para las aristocracias. Forman simplemente la sombra necesaria en el cuadro en que ellas se destacan a la luz. Esto no es tolerancia. La verdadera tolerancia supone convivencia en medio de la diversidad, reconocimiento cordial de la hermandad humana, comprensión mutua y hasta dulce perdón para los yerros del semejante. Esta tolerancia, flor delicada de la más alta cultura, pueden poseerla las aristocracias cuando son amplias hasta democratizarse y las democracias cuando se aristocratizan afinándose.

* *

El señor Lugones hace profesión de fe de individualista y de escéptico,. para corroborar sobre esta base su culto de la espada.

«Profeso, dice, el culto de la minoría perfecta, el individualismo absoluto; no hago política ni pretendo conducir a nadie; carezco del fanatismo religioso que cree en la ley de Dios y del fanatismo ideológico que cree en la existencia de la Verdad. Sé que en el estado actual del conocimiento es imposible descubrir ninguna ley natural o divina; vale decir, ninguna adecuación irrefragablemente necesaria de los fenómenos a un dominio ilimitado de frecuencias».

¡Qué de cosas llamadas a causar deslumbramiento y qué inconsistentes en sí mismas o puestas en relación unas con otras!

¿Valdrá la pena detenerse a considerar ese concepto del individualismo absoluto? Es tan insostenible. Pero las únicas razones para no pararse en él serían que el señor Lugones no lo hubiera expresado en serio, o que las palabras lo hubieran llevado más allá de lo que quería decir. Al señor Lugones y no a mí correspondería aclarar si ha ocurrido una de estas dos cosas.

¿Hay algo absoluto fuera del ser? Probablemente no y el señor Lugones lo reconoce así al atacar un poco más adelante la libertad y la democracia por medio del relativismo de los conceptos que proclama la ciencia contemporánea y que él hace suyo.

Nuestro poeta en el andar de pocas líneas se contradice entonces: primero hace alarde de su individualismo absoluto y luego, cuando le conviene para otro fin invoca el relativismo de todos los conceptos.

Esto ocurre en el plano del conocimiento. Llevado al campo de la realidad social y de la conducta el individualismo absoluto pasa a ser una de esas expresiones que no corresponden a nada efectivo y que resultan del poder que tiene el hombre de satisfacerse con palabras adosadas a su capricho. El individualismo absoluto es tan impracticable como la misantropía absoluta, como el egoísmo absoluto y también como la negación absoluta. Todos estos absolutos significarían la muerte. No podemos vivir prescindiendo de los servicios de los demás ni nos es dado eludir el servir a los demás. Mayores son los reparos que cabe hacer a la tesis individualista si se entran a examinar los factores que conducen a su plenitud de desarrollo a cualquiera personalidad humana y, por consiguiente, a la que alardea de individualismo. Todos estos factores constituyen una negación palmaria de tal manera de encarar la vida social.

La personalidad de un ciudadano de cualquiera democracia moderna, digamos de un ciudadano argentino, y, por ende, del señor Lugones tal vez, se ha desenvuelto gracias a la acción de la rica educación nacional que en todos sus grados le ha proporcionado su patria, institución basada, no en el individualismo sino en el amor a esa misma patria, en el civismo, en la solidaridad social y en el ansia de progreso. Se ha desarrollado merced a la influencia de costosas bibliotecas y museos fundados por el interés de la cultura y no por el individualismo. De manera que la formación de la personalidad que ostenta su individualismo absoluto ha sido posible sólo, tan sólo gracias a los esfuerzos y cuidados inmediatos de las organizaciones nacionales y culturales que le han servido y a los sacrificios seculares de millares de hombres modestos que han pasado sus días en la cándida creencia, cándida y fecunda, de que lo mejor es vivir para un alto ideal de creación y servicio.

Pero no se me interprete mal. Hay un individualismo sano, y este es el que significa carácter dentro de la solidaridad humana, y libertad para pensar.

Ha dicho el señor Lugones que carece «del fanatismo religioso que cree en la ley de Dios y del fanatismo ideológico que cree en la existencia de la verdad». ¡Qué de problemas metafísicos y filosóficos apretados en cuatro líneas de un periódico! Porque aquí se plantean una grave cuestión metafísica, Dios, y todo el asunto de la epistemología o ciencia del conocimiento, la verdad; pero el señor Lugones sin mayor inquietud los resuelve rotundamente dentro de esas escasas líneas. Es cierto que él dice que *cree* tal y cual cosa y en

(1) *El Hogar*, Buenos Aires, 10 de abril de 1925; y también Repertorio Americano, número 8 del tomo en curso.

este terreno no se le puede atacar porque la creencia es un hecho subjetivo que hasta cierto punto se sustrae a la experiencia.

Pero veamos.

Es efectivo que hay ideas que no pasan ni pueden pasar de la categoría de creencias u opiniones y que se encuentran indefensas ante los asaltos de la duda. Así cuando el señor Lugones afirma que carece del «fanatismo religioso que cree en la ley de Dios», como este es un asunto de creencia o de fe, no hay nada que decir. Pero tenemos ideas que no son simples creencias u opiniones sino verdades de percepción inmediata, como pasa con las verdades matemáticas elementales y con muchos hechos del más sencillo empirismo. ¿Llevará el señor Lugones su carencia de fanatismo ideológico hasta negar que dos y dos sean cuatro o que el agua, los jugos de la tierra, la luz y calor del sol, dan vida y color a las plantas? Se dirá que estos son hechos muy sencillos que no pueden ser materia de discusión. Seguramente; pero son de consecuencias incalculables para justipreciar el valor del conocimiento humano. Por lo menos el señor Lugones debía haber distinguido verdades y no condenarlas a todas olímpicamente a velas apagadas. ¿O habrá querido referirse exclusivamente el señor Lugones a aquellas verdades de inferencia que pretenden proyectar luz sobre el porvenir? Por ejemplo, se podría decir que en vista del compás de desarrollo que ha llevado hasta ahora la República Argentina y de los inagotables tesoros de su suelo, es dado inducir que tal vez antes de cincuenta años haya duplicado la cifra de su población, su potencia económica y su riqueza, agregando que los estadistas del gran país hermano deberían tomar en cuenta estas posibilidades en sus proyectos para el futuro.

El señor Lugones, en actitud consecuencial con sus declaraciones, deberá mirar tales cosas como lucubraciones insustanciales de algún pensador simple, de profesores pedantes o de diputados y periodistas superficialmente eruditos; pero nosotros creemos que el señor Lugones, por permanecer fiel a su carencia de fanatismo ideológico, se ha privado de una noción exacta sobre su propio país.

¿O habrá intentado el señor Lugones, aunque no lo ha dicho, retirar su crédito únicamente a aquellas verdades trascendentales y presuntuosas que se erigen en dictadoras de la vida y pretenden señalar norma a la eternidad? Así pudiera pensarse cuando dice que «es imposible descubrir ninguna ley natural o divina que sea una adecuación irrefregablemente necesaria de los fenómenos a un dominio ilimitado de frecuencias».

No estaría lejos de acompañar en parte al señor Lugones en este terreno. Es difícil establecer leyes muy definitivas en el orden psicológico y social. Pero este poeta, ya ilustre, que niega la verdad lanza luego afirmaciones tan categóricas como las siguientes: «La patria, la sociedad, la vida son estados de fuerza», «El hombre es un animal de combate» (de combate corporal, se entiende), «La guerra es un fenómeno natural como la muerte», «Tenemos la demostración efectiva del realismo maquiavélico, anticristiano y antiliberal a la vez». Estos aforismos dogmatizantes ¿no son verdades para el señor Lugones? Para él lo son y deben serlo con caracteres terribles, porque en su contextura seca como hecha de cuerdas y sarmientos atan a la humanidad a una condenación eterna. ¿En qué quedamos entonces? En que el señor Lugones tiene el fanatismo ideológico de algunas verdades. ¡Y qué verdades! ¿Y su individualismo absolnto, que ya hemos examinado, equivale a otra cosa que a decidirse con toda el alma en la alternativa de la vida por uno de los postulados que se presentan? ¿No significa optar por la interpretación de la existencia que parece definitivamente más conforme al sentido de los días presentes y venideros? ¿No es esto garantizar el sostenimiento de una verdad, no sólo con la especulativa afirmación de la mente, sino poniendo al lado de ella lo más que uno puede dar, la felicidad, la propia suerte?

Entonces tenemos en este punto una doble y contradictoria actitud en el señor Lugones. Primero la verdad no existe cuando tiene que aventar como con un soplo proposiciones o ideales que no convienen a sus sentimientos, y luego existe en forma de afirmaciones dogmáticas que han de servir de base a sus lucubraciones.

«La libertad, dice el señor Lugones, o sea la facultad de dirigirse cada uno de acuerdo con su conciencia, resulta una ilusión desvanecida. Ella era el fundamento de la ideología demócrata del siglo XIX; y por esto, tras ella, fracasó la democracia».

Comprendo que se pueda decir que es una ilusión desvanecida la libertad metafísica, absoluta e indeterminada; pero no cabe afirmar lo mismo de la libertad jurídica y empírica que constituye una de las condiciones esenciales de la vida social y para el desarrollo de la personalidad humana. Veamos algunos ejemplos. Cualquiera teoría que sustentemos sobre la libertad en abstracto, es necesario y muy satisfactorio para nosotros tener la facultad de quedarnos en casa cuando así lo deseemos y de salir a pasear o viajar si esto preferimos; pero no que un tirano nos obligue, a pesar nuestro, a viajar fuera del país porque estima él que así conviene a su seguridad. Es necesario, es vital para nosotros, es el aire de nuestro espíritu, gozar de la facultad de poder pensar a nuestro modo y de expresar públicamente lo que pensamos en materias de interés general. Si un mandón atrabiliario o inculto nos censura o arroja a una mazmorra porque nuestras ideas no se conforman a sus planes políticos, nos sentimos desesperadamente oprimidos en nuestro valor más íntimo. ¿No son estas facultades para el señor Lugones, libertades apreciables? ¿No es lo que hermosea la existencia moral y condición esencial a la vez de esa vida heroica que él propicia? ¿No son esas mismas facultades algunos de los bienes de que goza el propio señor Lugones en el seno de su democrática patria argentina y que constituyen cualidades que la enaltecen en el mundo civilizado? Las libertades jurídicas y empíricas no son ilusiones desvanecidas, sino el tesoro más precioso de los pueblos cultos. Desgraciadamente ¡ay! son valores esfumados en los pueblos infelices en que, sojuzgados a la tiranía, ha sonado la hora de la espada.

El señor Lugones ha proclamado el fracaso de la democracia y como una de las pruebas de su acerto aduce la guerra europea.

Pero no fue la democracia la que condujo a la guerra. Puede acusársela, sí, de no haber sabido darse una organización capaz de defenderla de la guerra. Lo que condujo al mundo a la catástrofe fueron las rivalidades nacionales, el militarismo de imperios antidemocráticos y la concupiscencia comercial. La sed de lucro y de riqueza, la sed de goces y el ansia de predominio para obtener todo aquello, infiltrándose como un morbo ancestral, sutil y tenaz, en las mal tejidas mallas de las democracias, la corrompieron y trajeron la conflagración. Es decir, fué la acción superviviente, deletérea de ese mismo individualismo pagano y sensual que preconiza el señor Lugones, y no la democracia, el culpable de la guerra.

* *

Sobre esas bases tan deleznables, individualismo, escepticismo, negación de la libertad y de la democracia, levanta el señor Lugones su culto de la espada y sus loas incomprensibles a la guerra.

Lo demás del artículo del señor Lugones son afirmaciones gratuitas, citas descabaladas, o destellos de pensamientos hermosos, pero que precisamente se pueden tomar en un sentido contrario al que él quiere indicar.

«Se ha establecido, dice, el principio del combate, y, con él, en la ineluctable necesidad de la guerra, la noción heroica de vivir». «La noción heroica de la vida es una exaltación de la vida misma».

El señor Lugones encomia el valor de la vida heroica y lo acompañamos de todo corazón en su culto del heroísmo; pero él parece creer, como cualquier rudo sargento o cadete novel, que sólo los campos de batalla fueron terreno propicio al heroísmo. También hay héroes de la justicia, de la verdad, de la virtud y del civismo.

Buda y Jesús, al sacrificar sus vidas, en aras de la bondad, fueron héroes. También lo fueron por lo mismo, Epicteto y San Francisco de Asís, y Miguel Angel en su grandeza austera, Dante, Sbakespeare, Lutero, Rousseau, figuran entre los héroes de Carlyle. El gran Zola, defendiendo a Dreyfus y desafiando, por amor a la verdad y a la justicia, las iras de las turbas chauvinistas, fué un héroe. Gandhi, en nuestros días, ha resistido a la violencia hasta el heroísmo.

Y siempre el heroísmo ha consistido precisamente en luchar como se pueda, con la pluma o la palabra, contra el tirano para quebrarle la espada con que oprime a sus conciudadanos o hacerlo expiar con su sangre el haber conculcado las libertades públicas. En este sentido Montalvo, sin más que su pluma, fué un héroe al frente de García Moreno.

El señor Lugones va a buscar apoyos en el Evangelio y cita la sabida frase de Jesús (Mateo-X-34): «No penséis que he venido para traer la paz al mundo sino la espada». Pero dado el carácter de Jesús y del cristianismo, esta frase no se puede tomar al pie de la letra ni aislándola del resto del capítulo y del Evangelio. Es una de las tantas expresiones figuradas en que era riquísimo el inagotable lenguaje parabólico de Jesús. Puesta en relación con el resto del mismo capítulo se ve que esas palabras se refieren a las inevitables disensiones domésticas que su prédica iba a traer y a las persecuciones que tendrían que soportar sus discípulos. Asi se lee poco antes: «He aquí yo os envío como a *ovejas* en medio de lobos». «Y seréis aborrecidos de todos por mi nombre; mas el que *soportare* hasta el fin, este será salvo». Y a continuación de la frase citada encontramos: «Porque he venido para hacer disensión del hombre contra su padre, y de la hija contra su madre y de la nuera contra su suegra. Y los enemigos del hombre serán los de su casa». ¿Y cómo conciliar el sentido liberal que da el señor Lugones al «traer la espada» con todo el seráfico Sermón de la Montaña? «Bienaventurados los *mansos*, dice el Divino Maestro, porque ellos recibirán la tierra en heredad». «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia porque ellos serán hartos»... «Concíliate con tu adversario». «No resistáis al mal; antes a cualquiera que te hiriere en tu mejilla diestra, vuélvele también la otra»... «Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen». ¿A qué seguir? Todas estas aladas palabras, en consonancia con el espíritu de Jesús, constituyen la condenación más categórica de cualquiera violencia y, por consiguiente de la espada y de las ocasiones en que la insensatez de los hombres hace que suene su hora.

«La guerra, ha dicho el señor Lugones, es un fenómeno natural como la muerte... La Naturaleza no sabe ni de bien ni de mal, ni de razón ni de justicia»... La Naturaleza no sabe; pero el hombre sí. En esto consiste precisamente el rasgo distintivo, la condición esencial, la dignidad de ser hombre: en superar a la naturaleza en lo que tiene de fuerza bruta y al instinto animal por medio de la razón. La tarea genuinamente humana ha estribado siempre y estriba en la creación y enriquecimiento de valores espirituales que dan al orden humano su modalidad propia sobre el orden de la naturaleza animal. La justicia, la bondad, la belleza, el heroísmo son las entidades luminosas que atraen al hombre y lo elevan sobre el plano de la torpe naturaleza animal. Por más vagos, intangibles y difíciles de alcanzar que se presenten a veces estos valores, son tan fundamentales para el hombre que no podría renegar de ellos sin amputar a la vez por ese solo hecho lo mejor de su ser. La lucha es ardua y si no, qué lo diga esta controversia; pero hay que superar a la naturaleza ciega.

Dice el señor Lugones que «el desarrollo de la civilización necesita un orden, un equilibrio jerárquico». De acuerdo. Pero luego agrega nuestro poeta que el orden y la jerarquía sólo es dado obtenerlos impuestos por la fuerza, por la espada. He aquí términos que riñen al verse juntos: ¡desarrollo de la civilización por la fuerza! ¿Para qué queremos semejante civilización? La cilización no tiene otro sentido precisamente que acabar con las diversas manifestacioaes de la fuerza bruta y afianzar el imperio de las fuerzas espirituales.

Parece además que el señor Lugones no hubiera pensado en las trágicas sorpresas que puede traer un detentador de la fuerza, un tirano, de ideas distintas a las nuestras. Es difícil que un tirano no tenga algún color ideológico, que el puño de su espada no esté teñido por alguna tendencia. Quien sabe si lleva como emblema una cruz. ¿No ha pensado el señor Lugones lo que a él mismo pudiera haberle ocurrido viviendo bajo el jerárquico sable de un tirano de esta clase? Sus manifestaciones de escepticismo y ateísmo han visto la luz tolerados dentro del ambiemte de amplia libertad, en que las verdaderas democracias fincan precisamente uno de sus mejores méritos. A la avanzada democracia en que vive, al régimen democrático de que tanto abom ina, debe el señor Lugones, el privilegio, el más precioso de todos para el hombre de vida interior, de poder dar plena expresión a su espíritu. Piense el señor Lugones en que si le hubiera tocado vivir, pongo por caso, bajo la redentora espada de un tirano católico, el valor de exponer sus ideas lo habría expíado tal vez con persecuciones y destierros.

A pesar de todo, la democracia inspira horror al señor Lugones. Para él significa «la tristeza y el colectivismo en la igualdad menguada de la miseria y del dolor» y «el triunfo cuantitativo de los menguados». No estaría lejos de suscribir con el señor Lugones que la vida democrática nos ofrece muy a menudo ese triunfo cuantitativo de los menguados; pero aún así puede ser eso mejor que la dictadura de uno solo. Los tiranos son suspicaces; las democracias confiadas.

Pero la democracia no implica necesariamente una igualdad aplastante e injusta. Este es un falso concepto del señor Lugones. La democracia es el taller de todos y no la platitud de una quimérica igualdad. La democracia debe establecer sólo la igualdad de oportunidades para que todos podamos desarrollar nuestra individualidad, trabajar y ser remunerados en justicia.

* *

El señor Lugones se complace en la satisfacción de que con los hechos que aplaude y sus doctrinas se inicia la nueva civilización, semejante a la pagana: civilización estética, porque considera que el goce de vivir es el objeto de la vida.

Ingenua ilusión.

El concepto individualista y pagano de la vida, o, digamos más exactamente, individualista y sensual, no puede marcar el principio de una nueva civilización porque es más antiguo que el hombre.

Ya el hombre de las cavernas, nuestro abuelo prehistórico,

por la fuerza brutal de sus instintos, por la inmediata presión ancestral de la animalidad de donde venía, no podía ser otra cosa que individualista y sensual.

Nerón constituye la representación más acabada de la concepción individualista, pagana y estética de la vida. Mientras la población romana se retuerce en medio de un incendio apocalíptico en la desesperación del dolor, del hambre y la miseria, él sube a una colina a contemplar el espectáculo y a cantar su belleza,

¡Oh noble afán de hacer de la vida tan solo una cosa bella!

Aquí se nos ocurre una pregunta: ¿Cómo formar una sociedad de personas movidas unicamente por un individualismo sensual y estético? ¿Cómo haríamos convivir en un conglomerado orgánico a personas que condenan nuestra civilización porque es ética (apenas en algunas de sus aspiraciones) y porque impone (a veces, muy contadas veces) la tristeza en la igualdad de la miseria y el dolor? Una sociedad de cristianos, de budistas, de idealistas se concibe. Practican, por lo menos en principio, el amor y el servicio de los demás. ¿Pero qué lazo de unión cabría entre aquellos individualistas? Nada más que su egoísmo y la concordancia en la busca del placer. Estas personas no pueden formar propiamente una sociedad orgánica, sino una agrupación gregaria mantenida por la fuerza. El señor Lugones es consecuente al auspiciar los regímenes de fuerza. Tienen que ser la consecuencia de su individualismo sensual y estético. Repite a la vuelta de cerca de doscientos años el caso de Hobbes. Para este filósofo, maestro del placer y del egoísmo, el hombre era al frente del hombre un lobo, y naturalmente no encontraba otra forma de gobierno capaz de mantener el orden social que la monarqnía absoluta.

No se trata de proscribir de nuestra república ideal a los poetas, como lo hiciera Platón, ni al arte ni a la belleza. Estamos muy lejos de tal atentado contra la cultura. El culto del arte y la belleza ennoblecen y deleitan la vida. Las actividades a que dan lugar son, en cuanto a la seriedad que reclaman, tan sustanciales para el hombre como cualquiera otra. Pero en todo arte que no va acompañado de cierta austeridad encontramos algo de falso, de *poseur* o de casual; y creemos que una sociedad que diere la primacía a los valores estéticos sobre los éticos iría tan errada como una familia que se preocupa ante todo de la figuración social y no de la sólida situación que sólo un trabajo regular procura.

Lo que dice y quiere decir el señor Lugones no es nada menos que la expresión de un estado de cosas ya viejo en la América Latina. No nos ha traído ninguna novedad, como él se imagina. ¿La hora de la espada? No ha hecho otra cosa que sonar en guerras entre estas repúblicas hermanas, en guerras civiles y en innumerables dictadurss que han asolado a los países tropicales de nuestro continente y aún a algunos que no lo son.

El señor Lugones construye sus más hermosas frases para designar al mandatario con que sueña. Parecen collares de perlas destinados a adornar el pecho del ungido. Pero no hay para qué proyectarlo en un presente inmediato o en días venideros. El pasado nos lo ofrece ya realizado. El señor Lugones tiene a la mano en nuestra historia un tesoro de casos donde elegir modelos para la concreción de sus doctrinas. No va a haber más que la dificultad de la elección. ¿ A quién prefiere como símbolo de «victoria cualitativa de los mejores», como expresión «de gloriosa tiranía en el individuo considerablemente superior», como dechado del «poderío que la vida confiere misteriosamente al mejor?» ¿A don Gaspar Rodríguez de Francia, a los López, a García Moreno, a Guzmán Blanco, a Estrada Cabrera, a Cipriano Castro, a Manuel Monagas? ¿O talvez a su compatriota don Juan Manuel de Rozas? ¿O quizáz la espada acompañada de espuelas de Juan Vicente Gómez? ¿O Leguía? Oh, sí, Leguía.

En cuanto al individualismo escéptico y sensual del señor Lugones, cubierto además, para cubrir su desnudez, con la túnica de seda del esteticismo, es un mal casi secular de los hispano-americanos.

Tal vez el señor Lugones no se ha dado cuenta de que era el portavoz de un estado de la raza y se ha creído un innovador solitario.

Desde que la religión católica perdió su poder sobre gran parte de las poblaciones hispano-americanas, éstas se han estado debatiendo, en el orden espiritual, en el caos del indeferentismo y del escepticismo individualista y sensual. De aquí uno de los grandes problemas de nuestra América Latina. No se puede pensar en la restauración de las religiones positivas que han hecho crisis y urge afirmar un mundo de valores espirituales capaces de encaminarlas sólidamente, y en especial a sus juventudes, a hacer bien su vida, a realizar el porvenir que vislumbramos. Algunos han encontrado su áncora de salvación en los dictados del civismo. Otros, los menos, alientan la fe de un idealismo creador y constructivo.

Conservemos en buena hora del paganismo la alegría de vivir que tal vez caldeará sus venas y que los norteamericanos, haciendo una afortunada síntesis, han sabido incorporar en la civilización cristiana. Pero el individualismo pagano, o sea, sensual y estético, bajo el pendón de una tiranía, que nos ofrece el señor Lugones, ha sido el morbo que ha estado corroyendo las entrañas de la América Española durante más de medio siglo.

No anuncia, pues, el señor Lugones una nueva civilización. Sus palabras son ecos del pasado; son las voces de una cultura en decadencia, casi en agonía.

El Mahabárata termina con que los héroes Pandavas salgan del infierno adonde habían ido a parar por sus violencias. Obedeciendo a los dioses, deben encarnarse en nuevos cuerpos mortales y volver a la tierra a enmendar rumbos, a luchar por la bondad, por la justicia, por la dulzura.

Esta es la ley suprema.

El egoísmo, el placer y la violencia suelen triunfar; pero sus triunfos son siempre efímeros y condenables. Y aunque todo sea transitorio en nuestro mundo, los valores espirituales forman, en medio del fluir de lo mudable, el verdadero tesoro cordial de la vida, con su suave sonrisa eterna.

Universidad de Concepción.
Chile.

Dr. ALEJANDRO MONTERO S.

MEDICO CIRUJANO

TELÉFONO 899 — Horas de consulta: de **2** a **5** p. m.

Despacho:
50 varas al Norte del Banco Internacional.

LA COLOMBIANA

Sastrería

Francisco Gómez Z.

La mejor en su clase. Ultimos estilos
Trabajos modernos
Calle del Tranvía.—Frente a la tienda Kepfer.

José Santos Chocano y España

Un famoso poema trunco ha creado la leyenda del odio de Chocano a España.—Una carta explicatoria del poeta.— Conversación con Angélica Palma en Madrid.— A pesar de todo, no hay odio en Chile contra el Perú.

El Mercurio ha publicado la célebre poesía de Chocano sobre España, la primera parte del admirable dístico en el cual Chocano pintó las dos «leyendas» hispánicas que ha recogido el mundo: «la negra y la dorada», o sea, la España de Torquemada y la de los santos e Isabel la Católica. Ha publicado mi diario la única parte del dístico que es conocida en Chile, y ha reproducido el poema burlesco de Víctor Domingo Silva, escrito en respuesta a este trozo.

Yo tengo algo que contar en esta ocasión, y la conciencia no se me aplacará si lo callo. Además, se trata de una vieja deuda mía contraída con el hombre ilustre del Perú.

Poco antes de mi partida a México, yo recibí una carta extensa de Chocano: me daba juicios bondadosos sobre la nueva producción poética de mi país y se ocupaba después largamente de hablarme de un asunto odioso, para él y para nosotros, que quería dejar en claro.

Era éste: a raíz de su visita a la Madre Patria, el poeta escribió, fuertemente removido por la visión de aquella España que a mi también me ha hecho una volteadura de las entrañas, un largo poema, especie de medalla con un anverso en oro y reverso en cobre dantesco. Era la pintura, un poco goyesca, de lo que significa España para el hombre que la ha amado sobre este mundo y para el que no ha querido amarla. Ha explotado aquí Chocano su genio para la antítesis, palpable a cada paso en su poesía. Las dos partes del poema son de una belleza expresiva suma, de una intensidad que llamaré *mantegnesca,* para darle mi más quemante elogio. La «leyenda dorada» y «la negra» están como coloreadas a fuego, a fuego amarillo y a fuego rojo... El poeta no da su visión; con la impersonalidad del artista que sólo quiere hacer dos aguas fuertes soberanas, él ha hecho la página bifronte, poniendo la misma firmeza de pulso en un cartón que en el otro.

Yo no sé qué revistero o periodista malévolo (¡ay! qué rica es de escorpiones nuestra América tropical!) publicó el dístico roto, dió la «leyenda negra», que la prensa de Chile reprodujo. Víctor Domingo Silva, varón hispanizante; respondió lleno de ira, al canto tremendo que así, trunco, aparecía malvado. Esta respuesta lírica fué, naturalmente cruel, una especie de cáustico en espalda sin pecado... Yo sé que nuestro poeta es hombre de caballerosidad cabal y respondo de que ha escrito su poema bajo el error en que han caído cuántos leyeron la composición despedazada.

Se explotaron desde entonces los dos poemas en diversas partes. Los españoles de varios países les dieron publicidad insistente, también hay que decir, odiosa. Al fin, aquellas dos serpientes líricas, especies de cobras del Brasil, llegaron hasta el poeta.

Entonces fué cuando él me dirigió aquella carta. Yo salía días más tarde para México; debí hacer la hidalga rectificación inmediatamente; la olvidé, en medio de mis afanes de viaje. Hoy, que veo reproducidas nuevamente ambas composiciones, siento un remordimiento amargo y salgo de la lectura para escribir las presentes líneas.

Pero aún hay cosas que contar.

Una noche, en la Residencia de Estudiantes de Madrid, nos reuníamos en torno de una mesa, peruanos, chilenos y españoles, en un ágape cordial, que ojalá yo goce otra vez en mi vida. Díez Canedo habia dado un juicio sobre la poesía de Chocano. No era todo lo admirativo que lo hubiésemos deseado Angélica Palma, (la hija de don Ricardo) y yo. Le replicamos, cariñosamente. El gran crítico español estima al poeta, pero sin haber visto, palpado, aspirado, nuestra América abrupta, no puede exprimir cabalmente la poesía chocaniana, que casi es una duplicación del Continente, con su piña, su palo-rosa y su garza. Cuando yo manifesté mi admiración grande por Chocano, Angélica me miró un poco extrañada. Me dijo más o menos:

—Gabriela, hay un mal entendido grave entre los españoles y Chocano, que se debe a un poeta de ustedes, a Víctor Domingo Silva. Ha hecho mucho daño a mi país la propagación de ese error sobre las «Dos Leyendas» ¿Usted lo conoce?

Le contesté afirmativamente y le prometí rectificar en Chile cuando volviese...

—Rectifique usted, me añadió, ansiosamente.

Pero Angélica quiso castigar un poco en mí el pecado de mi compatriota, o bien defender plenamente, verso a verso, a su gran poeta. Se puso a recitar, pues, de memoria las largas estrofas de Silva, entre el estupor de Díez Canedo, que sin conocer ningnna de las dos poesías de Chocano, no podía comprender aquella lluvia de Fuego, de látigos *juvenalescos* ardiendo...

«Juglar de la estrofa, poeta de Circo...»
...«quejas de atorrante, gritos de matón.»
...«Judas de levita, Bertoldo sin maña...»

Yo no recuerdo si era al Conde de doña Marina o era hacia Palma Guillen, la mexicana, hacia quien miraba yo con ojos imploratorios, porque cesara la recitación—admirable, por una parte, penosa, por otra—de mi ilustre compañera.

Al dejar Madrid, escribí una carta a Angélica Palma, que como don José de la Riva Agüero y como el periodista César Falcón, peruanos los tres, tuvieron las más delicadas atenciones para mí en aquella España, tierra común de los hispanoamericanos, para la noble emoción de cada hora. Yo agradecía a Angélica el envío de sus libros y le hablaba *de una faena para el porvenir.*

—«Tenemos, le decía aproximadamente, que trabajar las mujeres de su país y del mío, usted la primera, amiga mía, en lavar el odio de cuarenta años sobre el corazón de nuestros pueblos. El árbitro extranjero que buscamos ha de dejar resuelto el problema político de nuestras naciones, pero quedará el problema moral, el abismo labrado año por año, por los hombres de odio».

«Necesito decirle que en Chile, la faena será fácil; no hay odio para el Perú, en la clase culta, y entre los intelectuales hay la más leal estimación para los valores que el Perú ha entregado a la cultura americana, para su padre, para los García-Calderón, para Chocano». Ahora añado, por mi parte, para usted.

En poco más, Angélica Palma, será tiempo de iniciar el trabajo de purificación, que nos pide la América. Yo estaré pronta y usted seguramente, lo estará también. Yo siento escribiendo estas palabras, la misma emoción que sentí al estrechar su mano, de que la alianza más difícil puede ser la más bella, que la retama florece sobre el tallo amargo...

Sobre Chocano y Chile hay algo que decir aún.

El mismo hombre que escribió la *Epopeya del Morro*, hizo también los versos magníficos de un poema a nuestro *Lautaro*, que dedicó al Ateneo de Santiago. Ha tenido Chocano muchos

momentos, que le pesamos con pulso delicado, como se pesan las materias preciosas, de búsqueda espiritual hacia el Sur, de cariñoso oteo de lo nuestro. Yo misma le debo influencia poética, aliento generoso, clara amistad. La juventud universitaria de Chile lo estima literariamente sin una línea por debajo de los grandes líricos americanos, de Valencia, de Lugones. Su estimación *del hombre* se ha enfriado ahora, no por consideraciones *plebiscitarias* ni achaques de Tacnas ni Aricas, sino por algo diferente.

La juventud americana, especialmente la de México y la Argentina, miran con pena que el poeta de mente contemporánea, y cuya honra es guardia común, no ponga su influjo ante el Presidente Leguía para que suspenda la larga persecución a los universitarios. Se asombran los jóvenes de que el hombre oficial y poderoso que es Chocano, no cree en el mandatario cuya presidencia talvez le corresponda escribir, el respeto amoroso de la juventud, que es el fruto de fuego, el único sin podredura, del Continente.

Cuando el poeta mire a su conciencia, en hora de soledad, sin contaminaciones de las fiestas palaciegas—que lo han de cansar—ni de la tribuna encendida,—que le repugnará a la larga—se responderá a sí mismo que los jóvenes han tenido razón *y que él les ha sido infiel.*

GABRIELA MISTRAL

La Serena, 2 de junio de 1925.

(El Mercurio. Santiago de Chile).

Un estante de obras escogidas

En la Administración del "Repertorio Americano" se venden las siguientes:

E. González Martínez: *Poesías selectas*	₡ 1.00
E. J. Varona: *Cervantes, Hugo, Emerson*	1.00
J. Vasconcelos: *Artículos*	1.00
E. Renán: *Páginas Escogidas* (2 folletos)	2.00
Eugenio D'Ors: *Aprendizaje y heroísmo*	1.00
Carlos Vaz Ferreira: *Reacciones*	1.00
Xavier Icaza: *Gente mexicana* (novela)	3.00
Leopardi: *Parini*	1.00
R. Tagore: *Ejemplos*	1.00
Hugo de Barbagelata: *Una centuria literaria* (Antología de poetas y prosista uruguayos)	7.00
Kahlil Gibrán: *El loco*	1.00
Paul Geraldy: *Tú y yo*	1.00
Homero: *Iliada* (2 tms., pasta)	6.00
Tolstoi: *Los Evangelios* (1 tom., pasta)	3.00
Dante: *La Divina Comedia* (1 tom., pasta)	3.00
E. Díez Canedo: *Sala de retratos*	1.00
Platón: *Diálogos* (3 tms., pasta)	9.00
Fray Luis de León: *Poesías originales*	1.00
Eurípides: *Tragedias* (1 tom., pasta)	3.00
Tagore: *Jardinero de amor*	1.00
Bolívar: *Discurso en el Congreso de Angostura*	1.00
Homero: *Odisea* (1 tomo pasta)	3.00
Diego Carbonell: *Reflexiones históricas*	3.00
R. Heliodoro Valle: *Ánfora sedienta*	3.00
Ml. Magallanes Moure: *Florilegio*	1.00
Isaías Gamboa: *Flores de otoño y otros poemas*	1.00
Omar Kheyyám: *Rubayát.* (Trad. directa de V. García Calderón)	1.00
L. Lugones: *Elogio de Leonardo*	1.00
José Martí: *Versos*	1.00
J. E. Rodó: *Parábolas*	1.50
Ricardo Palma: *Tradiciones Peruanas* (4 tomos.) Ed. CALPE	40.00

Equivalencia: ₡ 4 = $ 1. oro am.

Tablero

—1925—

Calendario

Marzo 12, 1925.

Envío de una dama:

Para REPERTORIO	₡ 10.00
Para *Silla de Ruedas*	2.00
	₡ 12.00

Nota.—En lo que lleva de vida el REPERTORIO, es la primera vez que una dama contribuye extraordinariamente con dinero para editarlo.

Dama: ganas me dan de estampar su nombre, símbolo de amistad firme, de sacrificio y de amor al progreso. ¡Las gracias más sentidas!

Nos ha traído el último correo:

Guía espiritual, por AUGUSTO FLÓREZ Z. Masaya, Nicaragua.

Nuevo sistema de Derecho Internacional, por el Dr. EDUARDO SARMIENTO LASPIUR, de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de La Plata. M. GARCÍA, editor. La Plata. 1921.

El problema de la originalidad de la literatura cubana, conferencia del Dr. AURELIO A. BOZA MASVIDAL, secretario de la Sección de Ciencias Históricas del Ateneo de la Habana, 1924.

Centón Epistolario de Domingo del Monte, por la ACADEMIA DE LA HISTORIA: Habana. 1924.

Bibliografía de Enrique Piñeyro, por DOMINGO FIGAROLA CANEDO. Academia de la Historia, Habana, 1924.

Algo sobre ética sexual, Maquiavelismo matriarcal, Pláticas a las adúlteras magrosas, por JUAN A. SENILLOSA. En 10 folletos. Buenos Aires, 1923,

Glosario de Afronegrismos, por FERNANDO ORTIZ. Habana, 1924.

Verismo y laicidad integral, por JUAN E. SENILLOSR. Buenos Aires, 1924.

La moda, la clerecía y la pornocracia, por JUAN A. SENILLOSA. Buenos Aires, 1924.

Hojas sueltas de las memorias de un Atipico, por JUAN A. SENILLOSA. En dos folletos. Buenos Aires, 1923.

Ensayos de divulgación histórica, por RENÉ LUFRIÚ, Habana, 1924.

Documentos referentes a la creación de Bolivia, por VICENTE LECUNA. En dos volúmenes considerables. Caracas, MCMXXIV. Con un resumen de las guerras de Bolívar y publicados con motivo del Centenario de la batalla de Ayacucho.

Papeles de Bolívar, publicados por VICENTE LECUNA: Caracas, 1917.

Nuevo método para leer y declamar correctamente, por DAVID J. GUZMÁN. San Salvador, C, A. 1923.

El cofre de mis angustias (Prosas 1920-1922), por RÓMULO NANO LOTTERO. Montevideo, Editorial RENACIMIENTO. 1624.

Tú. Poemas de MIGUEL N. LIRA. Introito de Francisco González León. México, D. F. 1925.

La ley 11289 *ante la justicia federal.* Fallo del Juez Fe-

deral Dr. ZAVALÍA declarando nulos e ilegales los decretos del P. E. que autorizan al Presidente de las Cajas de Previsión Social, para imponer multas por incumplimiento de la Ley de Jubilaciones N° 11289. Publicación de la Comisión Patronal de Jubilaciones. Buenos Aires. 1925.

Nuestro pobre amigo, novela inédita de DANIEL COSÍO VILLEGAS. Publicaciones literarias exclusivas de *El Universal Ilustrado*, México, D. F.

Biblioteca de las Antillas, Colección de folletos literarios, históricos y filosóficos, Segunda serie, IV. Por SERGIO CUEVAS SEQUEIRA. Habana, 1925.

La concesión Leese. Recopilación de documentos oficiales, seguida de un estudio crítico-histórico por FERNANDO IGLESIAS CALDERÓN. Archivo Histórico mexicano, Núm. 12. Publicaciones de la Secretaría de Relaciones Exteriores. México, 1924.

Relativistas contemporáneos, por ADRIANO TILGHER. Traducción y apéndice de Emilio de Matteis. Génova, 1924.

El culto al árbol, por JUAN E. SENILLOSA. Buenos Aires. 1924.

El idioma castellano, su importancia y su porvenir, por Camilo Quinzio. Buenos Aires, 1922.

Indice:

Señalamos la aparición muy reciente de estos libros:

Ifigenia Cruel, poema dramático, con un comentario en prosa por ALFONSO REYES. Biblioteca Calleja. Madrid, 1924.

El Romero alucinado, (1920-1922), segunda edición; y *Las señales furtivas*, por ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ. Biblioteca Calleja. Madrid, 1925.

La conquista de las rutas oceánicas, por CARLOS PEREYRA. Virtus, Buenos Aires. Biblioteca Histórica Ibero-Americana.

Literaturas europeas de vanguardia, por GUILLERMO DE TORRE. Caro Raggio. Madrid, 1925.

La ciudad de los sueños. (Cuentos soñados), por ARTURO CAPDEVILA. Buenos Aires, 1925.

EUGENIO D' ORS: *El molino de viento.* Editorial Sempere. Valencia.

Estractos y más referencias de algunas de las obras citadas, los daremos en ediciones posteriores.

Aviso

De *Savitrí* se ha hecho por aparte, en las ediciones del *Convivio,* una tirada de algunos ejemplares. Los que deseen tener el bello episodio en la elegante edición, sírvanse manifestarlo, para tomarlos en cuenta. Precio del ejemplar: ¢ **1.00.**

Se compran estos números del REPERTORIO AMERICANO:

Del tomo I: Números 7, 9, 10, 18 y 23.
Del tomo II: Números 1, 3, 5, 20 a 23, 25 a 28, y 30.
Del tomo IV: Números 19 y 23.
Del tomo V: Número 3.
Del tomo VII: Número 21.

Noticia de libros

Del Huerto Solariego. Tip. de Dutriz Hnos.—San Salvador. El Salvador.

La producción intelectual de Centro América, cada día más raquítica y menos interesante, nos hace abrir con ansiosa curiosidad, los periódicos, revistas y libros que del Istmo cercano nos llegan.

Para un sedicente sociólogo criollo, que presumiese de avisado, porque ha engullido las parrafadas indigestas que sobre nuestros países soltó, hace algunos años, Gustavo Le Bon, en un momento de dispepsia filosófica: nuestra escasa producción literaria y científica, sería tenida como índice inequívoco de prematuro cansancio intelectual, resultado biológico del cruzamiento con razas inferiores. Pero para nosotros que, sin ser optimistas ni ilusos, conocemos el ambiente centroamericano, en el que los talentos brotan silvestres como el zacate, existen razones más lógicas y de mayor peso, para explicar aquel fenómeno, que las que pueda sugerirnos la lectura de obras de segunda mano, escritas a espaldas de la verdad, con el deliberado propósito de denigrar a los pueblos hispanoamericanos, que empiezan a mirar, con marcado desdén, las ideas que ponen en circulación, bajo deslumbrantes marbetes, sabios peseteros de la rutinaria y caquéctica Europa.

En Centro América, ni se escribe ni se produce intelectualmente en la debida proporción, no por falta de capacidades mentales, sino por pereza y abulia; porque la Literatura y la Ciencia, dados la exigüidad territorial de nuestros países, el estado rudimentario de las artes gráficas, el analfabetismo y la dificultad de las comunicaciones terrestres y marítimas, no son, ni podrán ser en mucho tiempo, al contrario de lo que sucede en Europa y los Estados Unidos, un medio de vida decoroso y fructífero.

De ahí, que en Centro América, periodista, poeta y escritor, sean sinónimos de bohemio, sablista y desarrapado, epítetos con que la burguesía pretende abrumarnos; pero debajo de los cuales flamea y palpita la chispa, en veces milagrosa, del genio: ¿cuáles son los poetas del Viejo Mundo, en estos últimos tiempos, que puedan parangonarse, victoriosamente, con Rubén Darío y Juan Ramón Molina?

Y hecha esta aclaración indispensable, queremos expresar en pocas líneas el placer que nos produjo la lectura de *El Huerto Solariego;* libro denso, afirmativo y rotundo, en el que Raúl Andino, obseso por ansias de libertad y de vida, ahogó—por decirlo así—bajo su pluma, los relamidos lineamientos de esa literatura asexual y empingorotada de hoy, que rima acordemente con la vulgaridad del *Jazz Band* africano y con la ñoña estupidez de las películas yanquis: del Norte sólo nos llegan amenazas, sombras y ruidos...

Raúl Andino, no ha tenido tiempo de rebuscarse una forma armoniosa de expresión; para él lo externo es accesorio y superfluo; por eso, trata de sentir y de pensar hondamente, y sobre todo, propugna en sus escritos porque sus ideas y sus preocupaciones de hombre libre, vayan a despertar eco simpático en el corazón del pueblo, de ese bravo pueblo salvadoreño, patriota y trabajador, cuya vida nacional es un ejemplo edificante de que la grandeza de los países no tiene que ver nada con su extensión territorial.

Era ya tiempo de que un centroamericano nos mostrara objetivamente, que debemos amar lo propio, como canon esencial, y colocarlo en nuestro cerebro y en nuestro corazón, muy por encima de todas las demás ideas y preocupaciones de la vida social. Sólo un nacionalismo férvido engrandece a

los pueblos y hace brotar en ellos civilizaciones vernáculas, que sean el exponente de su vigor intelectual en un período dado de la historia humana. El nacionalismo, entendido como una cohesión de valores dispersos, tanto espirituales como materiales de los países, no como bandera de odio y de exterminio, magnificó a Grecia, Roma, España, Francia, Inglaterra y Alemania, que gracias a él tuvieron su minuto de hegemonía intelectual y política en el mundo. Nosotros, en cambio, nada pesamos aún en la sociedad de las naciones, porque vivimos de prestado, porque a las cualidades primordiales del hombre: originalidad e independencia, hemos preferido las ridículas y serviles simulaciones del cuadrumano, que imita porque le faltan la energía y el entusiasmo para crear sus propios símbolos.

Muy de aplaudirse es, por lo tanto, el gesto viril de Raúl Andino, quien acaba de lanzar una obra para poner de relieve los hombres y las cosas de su terruño, dejando de lado toda preocupación de diletantismo intelectual; ello hace que *Del Huerto Solariego* sea no sólo un buen libro sino también una buena acción, como de *El Discípulo*, de Paul Bourget, dijera antaño Brunetiére.

En las doscientas páginas que lo componen, hubo espacio suficiente para que la musa patriótica desplegase las alas, en capítulos sugestivos, como aquél, en que el autor, respondiendo a una encuesta, dice cuáles son los verdaderos símbolos del alma salvadoreña, o los siguientes, en que nos da a conocer, sin el fastidioso discurrir de los biógrafos vulgares, las vidas interesantes de Martínez Figueroa y del Negro Lagos, dos de los más genuinos representantes de la intelectualidad salvadoreña.

Desde la tierra mexicana, heroica, turbulenta y preñada de inquietudes futuras, enviamos a Raúl Andino nuestra felicitación por su libro, que es brillante augurio de lo que en los campos de la pluma pueden realizar los escritores jóvenes de Centro América.

Mario Santa Cruz

México, junio 1° de 1925.

Palabras de oro

del Cardenal Gaspar Contarini, Legado del Papa a la Dieta de Ratisbona en 1541

La ley de Cristo es una ley de libertad... No se puede llamar gobierno al que está regido por la voluntad de un hombre, inclinado por la naturaleza al mal e impulsado por innumerables pasiones. ¡No! Toda soberanía es una soberanía de la razón. Tiene por objeto conducir por caminos de justicia a todos aquellos que le están sometidos a su justo fin: la felicidad, La autoridad del Papa es también una autoridad de la razón. Un Papa debe saber que ejerce esta autoridad sobre hombres libres. No debe a su arbitrio ordenar, prohibir o dispensar, sino únicamente según las reglas de la razón, de los divinos mandamientos y del amor. Esta regla conduce todo a Dios y al bien común...

(Envío del Gral. Volio).

Un aplauso muy honroso

Quien habla es un eximio norteamericano

Siasconset, Mass.
29 June 1925

Dear Señor don Joaquín García Monge:

Every once in a while, a copy of the Repertorio Americano fails to reach me; and then I realise how important to me your extraordinary periodical has become. I am trying humbly and patiently, as an American, to achieve some sort of general knowledge of the whole America—of the vast world which alone truly has right to that name. In this task, so difficult and so uncharted, I find that my greatest and most continuous help comes from your paper. The articles that appear, week, by week, are remarkable for their catholicity; and they are inspiring because of the athletic intellectual effort which they reveal as taking place from one end to the other of Ibero-America. I cannot resist this impulse to send you once again, by this inadequate means, an expression of my gratitude—together with my greetings. If in any way I can be of service to you, in the United States, pray call on me.

very sincerely and cordially yours

Waldo Frank

Permanent address:
150 East 54 Street
New York

La mariposa

Esta mariposilla multicolor que hoy se ha prendido a mi pecho, es tal vez portadora de una ventura inefable largamente suspirada. ¿Se ha detenido acaso sobre mi corazón para saber qué dice este maravilloso ritmo que sostiene mi vida?

En sus alas que se pliegan y despliegan con un admirable isocronismo, como el vaivén acomposado del péndulo de un reloj, hay sendos clavos de oro incrustados con una sabia precisión geométrica. Los matices que ostenta desde el rojo rubí, el azul de zafiro y el amarillo de amatista, barajados sobre un opaco fondo de hoja muerta, en fúlgidas combinaciones algebráicas, me han dado la sensación de una fina joya alada, de una flor que vuela, de una gema cambiante que va por los jardines luciendo sus orientes bajo el sol.

¿Has bajado acaso del bosque dejando el nutrido enjambre de tus compañeras que en el cruce de dos caminos pantanosos se han posado como una viva pedrería, para visitar los huertos ciudadanos?

Oye, alhajilla resplandeciente: Vuela alto y tendido, porque en la ciudad están los chiquillos traviesos con sus bolsas transparentes y pueden aprisionarte, y no suceda que más tarde crucificada con un alfiler sobre la pared, des la ocasión de comprobar que la crueldad del niño de hoy sea la misma, con ligeras variantes, del hombre de mañana.

Blanca Milanés

San José. Costa Rica.
Julio d 1925.

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica